

## **POEMAS NO PUBLICADOS EN LIBRO**



## PROVERBIOS

### I

Allí la luna hundida al centro  
de los árboles, donde extiende  
la susurrante malla de los llegados  
anteayer y ya busca los hilos  
interpuestos entre el plato de cobre  
y los remeros. El almendro  
a decidir llamado entre flautistas  
que conducen el humo hasta la aurora  
y los cuerpos evaporados por el río.  
Los cuerpos nacidos a la música  
del eco que atesora suspicaz  
el extinguirse de las ondas de oro.  
Murmura el coro de pastores,  
semidormidos, su insolencia  
ante el varón de las hojas  
del almendro. Sus coros  
se plegaron al amanecer de los delfines,  
traídos por el eco y los sumandos,  
ágiles tejedores, del ramaje.  
Los dedos, llaves de la brisa,  
deciden la corrupta agudeza  
que rasguña los sentidos.  
Pies peludos, sílex que no canta,  
sus manos ocultan la zampoña,  
considerando bosques a su aroma,  
aroma al cespío de la fruta.  
Las manos, como el agua antaño,  
revisan la corteza tachonada,  
la pulpa hormigada por los dientes,  
como el viento glotón de los junquillos.  
La zampoña, el cuero lleno de lunares,  
le da a la algazara su compás.  
Lánguidos los pastores en su siesta,  
cambian el uniforme agotamiento  
en algodonosa marcha de guerreros.  
Es el bicornio, músico dios Pan,  
igual a la sangre con el vino,  
antes que la uva jurase por su estío

y la vid trepase dirigida  
por las verídicas rodillas del gigante.  
Precursora la hoja del almendro  
del guante que la sombra alarga,  
hasta en el encumbrado pecho  
endurecerse. Es el enviado por su madre  
para exprimir la esponja melodiosa.  
Resbala la hoja por las patas  
del fauno, resbala por el azul  
bolsón de este barbado.  
La hoja al llegar a la zampoña,  
le avisa al triunfante con sus alas,  
mejilloso secuestrador de melodías,  
aún Apolo no le ha roscado  
la boca con su flauta.  
Es el dios, es el bicornio,  
música acantilado atesorando  
las sirenas y los danzantes juntos.  
Resuelto coro de pastores  
alegra al chivo dios de la colina:  
Almendral, tú dirás la verdad.

## II

Desarticula justa la neblina  
el sombrero de los árboles.  
La conspiración disciplinaria  
taladra sus vestigios  
al sentarse en la mesa  
del huidizo puente, ablandado  
en la algazara donde el compás  
pregunta por la muerte.  
La neblina es la sangre ascendida  
por la noche y el azul cometa  
fraguando el risoto del monte neptuniano.  
Había que aventar los coros de pastores,  
diferenciar las manos que en los rostros  
respiran presionando los sonidos.  
Confundido el triunfo del caprípedo,  
neblinoso camina por las olas,  
donde el pez lo mira y lo devuelve  
círculo ya frío, pues la onda,  
navegante tumba le da incierta,

cuerno hueco, rabo mustio.  
 Había igualado su zampoña  
 la sangre con el vino,  
 pero no la sangre con la nube.  
 La emigrante manada de la niebla,  
 raspa los trigales arco pétreo,  
 donde los trojes guardan el oscuro  
 y le humedecen la capota.  
 La harina es el reposo de la iracundia  
 del fantasma, tiende a hundir,  
 como el agua bebedora de la tierra,  
 al grave que avanza con sus botas  
 a la cuchilla que graba canon e iniciales,  
 chillantes pájaros al fuego.  
 La harina goza la raíz de las almenas,  
 la anchura, gravamen de dos levas,  
 donde los arqueros cantan el Mosela.  
 Al crujir el levadizo  
 y sentir la quejumbre de la niebla,  
 deshechos cartuchos harinosos  
 llevan piedras al cuello del plumón.  
 La ley del gluten en sus carros  
 — vuelan renqueantes los cabestros  
 buscando cabizbajos la pezuña  
 del secular sochantre de los morros —,  
 rechaza el cupo corrido de las nieblas  
 que aprietan al carro con sus piedras  
 pintadas con el negro comienzo de las sierras.  
 Madrugador el tabernero silba  
 al héroe conductor de lo harinoso,  
 despechugando el trote de la tinta.  
 Su canción comienza en la sentencia:  
 Año de neblinas, año de harinas.

### III

Pero la neblina sangra los cabellos  
 negros. Hay la respirante diferencia  
 de los oficios, las manos que al apretar  
 sudan el hierro. Los dedos adelgazados  
 por la entrada y fuga dentro del aire,  
 quedando los tejedores adormidos  
 tan pronto el aire no sostiene el rostro.

Los probadores de campanas  
que tienen que vivir junto a los ecos,  
o vivir la ascendente lejanía,  
junto a la escolta que no espera.  
Hay la diferencia de envoltura,  
que anticipa la semejanza de la entraña  
del caracol azul y el rosicler,  
nutridos los dos de restos de naufragio:  
el pelirrojo, el sombra verde,  
el cara pez, el tomatoso,  
el llora ciervo, el camina bailando.  
La neblina, impulsada por la sangre,  
borra los cabellos negros.  
La imagen llora la pregunta,  
con su pelambre de tortura  
trae la cifra de los Dioscuros por el muro.  
Cortante un hilo,  
un hilo en la luna de las nieblas,  
dualiza al hombrecito de cabellos negros.

## POEMAS

### I

Ceñida fuga se elabora  
con la precisión de tramontana.  
La lejanía orilla la mañana,  
Niké saltando por la prora,

Argos, hija de Ynaco, Eco,  
tiran extremosas de la brisa.  
Pámpano icárico la risa,  
guiñando al monte seco.

La escala de Aldebarán  
y el reloj de Salzburgo,  
cubren la peluca en el fuego

de la casa del burgo-  
maestre ¿nombres? ¡están!  
Todas las miradas en el juego.

### II

Ahora no pasa, el aire niega,  
es un polvillo lo que nos deja,  
y aquel polvillo suave reniega  
de su sombra con una queja.

Pregunta al deshacerse, al sonreír,  
responden los elfos con su rocío.  
Se doblega en la glorieta del vacío,  
la incauta, la que se niega a venir.

Dice menos que la brisa y pesa  
sobre los hombros como una campana.  
No pasa el humo, el humillo espesa

la cabra que soporta la mañana,  
debajo de los huesos su mirada  
pone cuernos al hilo de la nada.

### III

Rompe empero la llave de ceniza;  
donde abrió, donde abrió la hoja cierra.  
El viento que se extiende en la repisa,  
pisa el rabo del fuego que se encierra.

Ventura la salamandra en el bolsillo triza  
el cristal hinchado al soplo de la perra.  
Perra, la perra sin collera va a la guerra,  
el cometa en el hilo del niño se esclaviza.

Se apuntaló en el centro inexistente,  
cuando vuelve a la sierpe la corriente.  
Dentro del fuego al reusar, rehízo.

Viene la noche y se monta por la tabla  
y el humo es el que escarba y el que habla.  
Como necio el sol temprano quiso.

### IV

De la piel, tierno venado,  
vuelve el cielo a noticiar;  
reconstruye el desvelado,  
el desvelo, silencioso, al caminar.

Como tibia teoría ambulatoria,  
el recuerdo, buen verano,  
se cierra en la blanda mano,  
y comienza a ulular su venatoria.

Es el silencio de las sábanas, no el dormido.  
En el ábaco del posadero está metido,  
el gato, desgarradura del intérprete.

Aquí se fue el sonido a su cascada.  
La seda cariciosa fue rasgada  
y el que se iba tuvo tiempo de oír: piérdete.

### V

Con la inopinada mariposa, oscuros trazos,



un rápido norte le acomete las pestañas,  
una corriente de aire le aclara los brazos.  
No dejes la araña en el vitral, la dañas.

La sombrasa, la que se doblega, la de estambre  
aventado por la enigmática mano abierta.  
La escapada al cerrarse la puerta,  
la sentada en las lentas emigraciones del hambre.

Llega rodando, son corpulentas las piezas de marfil,  
de un murmullo sale la serpiente, enrosca  
y palmotea la levedad sinuosa del alfil

que tras la bañera del ánade trisca.  
No ves la corteza del bulto, acompañas.  
No dejes la araña en el vitral, la dañas.

## VI

La que acaricia teorías y le regala el perejil  
al lácteo ensanche zodiacal del caracol.  
La hundida al temblar las campanillas de abril,  
la rota en la insistencia labial del girasol.

La alfombrada, la cabalgante, la decapitada,  
la que se prolonga más allá de su corona de piña.  
La azuzadora de los ramajes, la sonaja de la rapiña,  
en la púrpura de las moscas y las letras fue escanciada.

No atolondres el inciso, sedeña la apostilla,  
una oscura rotación de tinta y de ceniza.  
Las enaguas en flor, la misma marisabidilla

que en la carcajada del hondero desriza  
el pantalón relleno de arena. Ironiza,  
están de humor la fresa destilada y el rabo de vulvilla.

## VII

Aquí el daño especial, aquí el rasgar,  
se hundió torvo en la nueva torneadura.  
Su arte en el viento, embocadura,  
que contra el cielo el tuerto vuleve a cribar.

No fue tan sólo un desenvolvimiento contra el muro,  
tenía dos capas: la de arena pegadiza, la de plomo  
que en las almenas soplaba azufre sobre el lomo,  
era la fulguración de siempre entre dos montes de lo oscuro.

Se arrodillaba en la neblina que barajaba las botellas,  
el limón picaba la viruela, ijar de las centellas,  
aglomeradas en un globo tachado en rabia de tacón.

Iba cayendo en un cielo elaborado con un cordel, las manos.  
La frente desjarretada en el hendido corcel de los ulanos,  
iba cerrando su concha, dormía la zarigüeya en las arrugas del bolsón.

## VIII

Entra en la brecha a ver el inflexible,  
rodeado de una caspa irritada de motines.  
Vuelve a lo inerte, pero antes flameó tan inaudible  
que su transparente apuntaló el acantil de los delfines.

Dichoso soy, me tachan y la brisa me atestigua;  
ardí, pero me paso leyendo en la otra empalizada.  
El humo por los corredores, la otra pieza, la contigua,  
donde está la napolitana del antifaz, en la panoplia escarranchada.

Es la almena doblada del castillo, el vozarrón,  
mendaz la corva y el hilo hueco en la cohorte de Agamenón,  
cambian la guardia y nadan para burlarse en los junquillos.

El rayo por la lanza, amanecen tenaces, confundidos.  
En la terraza escarcha el patín de los huidos  
y el mulato frío cierra los ojos y burila los dijes amarillos.

## IX

La cofia y la ceniza, penetró en la galería, un búho.  
El borrachón sochantre duerme en el vacío que ingurgita.  
El búho y el sochantre, qué pecho, palotan el mismo dúo  
y los peces ciegos fosfaron su columnata a la lunita.

Cúideme usted las llaves, son tres, el empujón primero,  
oscila el agua sobre el baúl que cierra las fronteras.

Cera la espalda mojada sobre el proverbio en el gotero,  
que cae sobre el arpón de la ballena en el fanal de las neveras.

Arde la grasa y el resbalón me amiga con el suelo.  
El resbalón me lleva a las cuatro hogueras contra el cielo.  
Allí el tambor empieza —los hiperbóreos— por arañar el embozado.

La manta azafranada del manitú tiembla el ensalmo.  
La foca aullando resbala por la piel de un cielo calmo,  
pero cae como un bulto negro en los pasos medidos del atigrado.

## X

Esconde bien las manos, del cuello de la bolsa el maíz saltará,  
entre el cuello de la bolsa se interponen huraños  
danzarines, en el desfiladero un humo lento se elabora. Morirá  
el arreglador de las campanas, nieto del jefe de cien años.

He salido a las maniobras del oeste, el gamo en el atajo  
sonríe a las serpientes enroscadas al hylán, será respetada  
su esbeltez. Allí el lazo ancho vuela y la piedra venerada  
organiza su lenguaje, caerá como el fuego soplado en el yerbajo.

La desnudez del nieto se iguala con la alegría del cervato,  
el corno sanguinolento se repliega y lento el toque de rebato  
hace que el gamo se ofrezca para llevar el ligero desangrado.

Lo lleva a la corriente, sin cuerpo comienza a nadar  
el nuevo despeñado, las hojas tiemblan, comienzan a ladrar  
al ligero, que ya está a salvo en el gamo acorralado.

## XI

No hay ala en la ola cuando me miro,  
ni extensión en el sol cuando me olvido.  
Es una gracia buena en el mejor retiro,  
la que congrega y sopla en el llamdo del testigo.

Allí la sombra de la glorita tejida en el recuerdo  
de la lluvia, de la madre que atraviesa los tres  
cuartos, sin saber dónde la miro y pierdo,  
y en su silla la describo en el reducto de su envés.

Me achico con mis miedos y leo las costuras,  
devuelven al miquillo de plisados cielos.  
La que curaba el miedo, tiempo tiene y está.

La razón hierve más, es la tajada humana,  
la que dice la agüita de los cielos,  
y no el tamaño gigante del hielo que siempre crecerá.

## TELÓN LENTO PARA ARIAS BREVES

### I

Mueve matinalmente la colita,  
para no caer en el esmalte blanco  
de un jarrón. Su postrer abrazo  
con el plumero, rompe la gruta  
donde su fantasma zarandea la gamuza,  
marca el fuego que la desnudará,  
hasta el grito del cactus.  
Verde es el cactus, la lagartija es verde,  
pero es de uva el color de aquel plumero,  
ancla de cobalto y gorguera de Aldebarán.  
Lagartija blanca, aguada en el esmalte  
de un jarrón blanco,  
cambia la servilleta por la lengua,  
pero no el tolón de un reloj despertador  
por el trueno de un mapa de verano.  
Franja del arco iris borró el esmalte blanco  
pero la *lagartija habanera*,  
contenta como la tabla de multiplicar bien sabida,  
le abre la puerta al azafrán del plumero.

### II

Canta la guitarra sentada en el mulo,  
canta el mulo buscando la pestaña.  
Viene la pestaña el dije de legaña  
y la mañana entera a correr, a correr el guineo.  
Celebra alada, coceado grabado tudesco,  
puntitos negros y mirilla arenera,  
cartucho picoteado por el pico guineo.  
En fila las moscas llanto de unicornio  
y la cesta de peces,  
tronco de faisán, halago de corneta,  
rompe el telegrafista manual,  
aislando los puntos negros y blancos  
del guineo matinal, el guineo  
en el reparto del pan.  
¿Están en la pechuga del Conde del río?

¿En el escudo de la lechuga?  
¿Dónde el guineo cenará?  
Se anuncia el guineo en el centro matinal,  
los crespos fondistas cáscara de papas  
hierven sobre la cerca  
con la vacía cantina a cuestras,  
pero su susto es alegre:  
*a correr, a correr el guineo.*

### III

Hay un fuego privilegiado, no el hornillo  
de la Moira, es el horno de las tortas,  
en las tierras sin agua sirve para el barbero,  
pero en la gloria con su río, hornea el terrón  
con la harina y la vainilla de Estambul.  
Aquí al quitasol de Marco Polo  
le llamamos guayaba, pájaro escarlata  
que dice tú y marca la raya.  
La casa de los crujidos está en Morón,  
tintineo de la espera y cucharas de plata,  
fogón merovingio donde hierve el agua de coco,  
refectorio de Zurbarán para la torta reciente.  
Se come la torta  
con un cinturón bordado, viendo largamente  
al escarabajo reposar en el tabaco siena,  
con ojos de almendro y pellizco,  
con golpes de la punta del pañuelo  
sobre la camisa para ahuyentar  
la dulce tierra blanca.  
Los caballeros de estambres plegadizos,  
preguntan a la flor del pozo:  
¿Quién hace los dulces?

### IV

Tiene cara caída, tiene bolsillo húmedo,  
tiene viruela y tiene luciérnaga.  
A todo va con lento paso, embajador con cayado,  
a todo ciñe, friolera nocturna, colchas,  
las rizadas colchas del naufragio.  
Sacude la mano dentro del río  
para entibiarlo, horqueta

de perejil para Mamá Manatí  
y los curieles baldados.  
Al gunos murmuran que tiene cielo  
bífido y le saltan manchas,  
azogue lacrimógeno, porrón con rastrillo,  
pulga con tarlana y antifaz  
de pesadilla, en cuclillas, gelatina  
de estrella de mar.  
¿Usted pregunta quién hace los dulces?  
*El que dice: el pobre.*

## V

Pensó ir, pero no fue al teatro.  
Tocó el timbre, pero habían puesto algodón  
para que no sonara. Orejas ahogadas,  
con peces muertos en la lámina nocturna.  
Un dolmen herido cubre la llanura,  
lazadas y cuchillos lo zarandean y muerden.  
La silla, donde nunca recibió sentado,  
está en el museo junto con la Tabla de esmeralda.  
De pie sobre la silla, arengando  
le iba dando uno por uno la mano  
a los muertos. No se sabe si es bueno  
que nos reciba o nos dé las espaldas.  
Le buscó en el templo,  
pero le dicen que se fue a un bautizo  
en otro templo, pero allí tampoco imantaba  
la fiesta, hubo pepitoria casera.  
En el café: “hoy es el único día  
que no ha venido, siga preguntando  
en la hilera de árboles”.  
El timbre cubierto por un sombrero,  
mordido por las manos,  
se hiere sin sonar.  
No suena el timbre y vienen todos los cervatillos.  
*Me dicen siempre que no está.*

## VI

Había guardado un pulpo dentro de una redoma,  
hundiéndose le había dado clavo al centro  
en la verja de la ventana. Así, cuando se secó,

tenía algo de araña y algo también de estrella de mar.  
pasó frente al relato,  
*cállese* dijo al rastrillar su fósforo.  
Era un perro malsano, le plateaban  
las pulgas, monedas  
con las que el niño compraba los pericos cojos,  
las latas de tolú para los viejos fumadores.  
*Cállese, cállese, por favor.*  
Atahualpa jugaba al ajedrez con Hernando de Soto,  
mientras los distraía, la muerte iba creciendo,  
pero Atahualpa tuvo tiempo de indicarle  
el agua mágica, habladora, que aprieta  
de nuevo los cabellos en el agua nocturna.  
¿Perdió la partida? ¿La ganó al morir Hernando de Soto?  
En seco: *Cállese.*  
Pierde la serpiente con la tortuga,  
pero asusta al gamo.  
Pero sólo el gamo oye la noche de la ciudad,  
la sábana que se estira hasta llegar al trineo.  
El gamo, asustado y temblón,  
gusto de la noche placentera.  
*Cállese.*

## VII

Rodeo de la piña claveteada  
con flecos coralinos  
y los ombligos como escudos de los coraceros,  
apuntando el flequillo.  
Añicos dominicales, alfileres cabezoncitos,  
un día que creció más que los otros días redondos,  
que sostuvo el techo como un árbol habanero,  
un día que jugó al dominó  
con todo el barrio, oloroso a guayaba extensiva.  
Isla de San Luis con las gasolineras sin banderolas,  
bolas de colores para la boca del Caimán Chico,  
perinola para el costado de Caimán Grande,  
bufanda operática para el Caimán Brac.  
Serpentinas para el cochero borracho,  
perseguido por el frac del trombón de vara,  
feliz al salir de las termas,  
cisneando un vals vienés.  
Después de *un día cabezón*,



picaflor en el agua del armadillo,  
sudando la montura para parir la siesta.

### VIII

Todo el desdén estaba barnizado,  
las estalactitas eran escaleras  
para descender a perderse  
en el sótano de las cepas o en el tálamo  
de las legumbres ferruginosas.  
Todo estaba licuado para quitar  
la escalera, favorecer el traspiés,  
quitar la malla del espejo enredadera.  
El taraceado desdén, fingido,  
como el cuerno de la venatoria en el menguante,  
necesitaba de sus tres corderos,  
de sus carcajadas en mediciones complementarias.  
Necesitaban de sus serpientes flautas  
y de su tambor sentadera para el batutín lejano.  
Como un punto necesita del desprendimiento  
de las condensaciones, para componer  
con las ojivas de un búfalo  
sin terraplén ni ladrillos rodados,  
necesitaban de su estable quinqué,  
y de su incesante mantel giratorio,  
el mantel para las prisas del ángel no caído.  
Llegó el terror del año postrimero.  
*No vino más.*

### IX

El día que penetra  
en la ausencia de la lagartija,  
el día sin zapatos muscíneos,  
sin cántaro boqueante, ni papada  
amaranto para el arca de Noé.  
Se abre hacia dentro, como un alfanje  
que siguiese el consejo del albogón monótono.  
Como una pulpa de pez raya,  
no salgo y salgo, no salgo y llego  
al castillo ablandado donde me aprietan.  
Salgo y taconeo todos los platos  
de vajillas trifolias, mansos trilobitas

golpean sus frentes en las vitrinas claustrales.  
El día que crece como una medalla  
de arena tocada por la resaca abuelita.  
Cabalgata algodonosa, blanco  
de un capilar roto en el bostezo del gato.  
Crepúsculo del tercer despertar, machacando  
el hielo de las seis de la tarde,  
*caballeros, qué domingo.*

X

Descolgarse por el espejo, agarro  
un pelo, pero no, la podadera  
empieza a cortar la yerba verde.  
El inmenso rostro penetrando en el cono  
del agua, derrumba fragoroso  
de la ducha con la rodela  
de Solimán. El previo asordamiento  
necesario para pasar la noche  
en una gruta. No es la merienda  
en la gruta tiznada, ni los remilgos  
cimbreados del bastoncillo de Citera.  
La barca del espejo, donde la navaja,  
con la naranjada flotante, acaricia  
la doblegada yerba facial.  
Si pudiera cortar todo lo inútil  
—lo que crece y puede ser arrancado—,  
para nuestro mal *si se pudiera*  
va cortando la noche con el día,  
la ascensión del rostro hasta el humo,  
cabeceando en la marejada del espejo.  
Deja el desnudo en la orilla,  
carga con el desnudo hasta el manglar,  
la pulpa del pez raya ingurgita,  
desde el azul del mosaico,  
hasta el horizonte inútil de la yerba facial.  
*Se afeitaba, frente al espejo  
del baño, cuando...*

## EL NÚMERO UNO

### I

El número Uno en las Tablas del Tarot:  
el prestidigitador, el farsante.  
Oye los aplausos enguantados y la respiración retrocediendo,  
las paticas del mico arañando el jarro  
por debajo de la mesa de granadillo,  
pic pic pic, pero la distancia borra el sonido.  
Si no le escuchan con asombro, la maruga será una colada de plomo,  
pero es el asombro sonriente, la carcajada entre el polvo  
de la plaza, como moscas nacidas del carillón.  
¿Quién respira? pero el aguador mira al melonero  
y se sonríen, tendrán que esperar el final que rubrica la mentira.  
Es la mentirilla en la flauta agrietada,  
la que rompe el escalamiento numerado  
de la camella, el jinete y el turbante,  
o la voz cejijunta que dictó que un pañuelo indiano  
no pueda parir un gallito con un perejil en el pico,  
cuando un pañuelo abierto reproduce toda la cara de la luna,  
la inmóvil palidez y todos los murales del infierno.

### II

Avanzan conmigo hacia el árbol del pan  
y nos aprieta la noche claveteada.  
Los clavos de oro con el ajo del desierto.  
Los amigos buscando la ciudad amistosa,  
detrás del espejo de los árboles que impiden el crecimiento  
secreto, el dátíl como un murciélago en la luna.  
Cada árbol se aprieta con la sucesión de los árboles  
y el tonelete verde rueda por la hojosa canal.  
Recuéstate, última pregunta de la sangre inmunda  
y cuéntanos las estrellas del vaivén prometido.  
Es un aullido, un pedazo arrugado  
de terciopelo que entona como los rollos de una pianola.

### III

Sobre nuestra cabeza el anillo de los pájaros azules.

Y cada evidencia una forma de maldición,  
graznando, extendiendo el ala sobre el acantilado,  
las formas banales del suspiro y las mediciones del tiempo.  
Los sacos de arena avanzando, el carillón de aquí  
hasta la medianoche, dos tajos silenciosos.  
Bajando, y la escalera con la primera puerta,  
con el candelabro transparente como un carámbano  
y la oscuridad saltando como un rodeo con una campanilla.  
Pero a veces la oscuridad se escinde,  
las órdenes galopando tropiezan con la primera puerta  
y adormecidos peinamos el candelabro como los pájaros azules.

#### IV

Dime, pregúntame, susurra, di la brisa.  
Se acerca su inconfundible:  
¿qué has hecho en la mañana?  
Mi cara cerrada en el centro de lo lívido,  
y entonces ¿cómo estás del pecho?  
¿Has tenido algún disgusto en el trabajo?  
Te preocupas mucho, recuérdate de tu padre  
que se murió tan joven,  
ésas son las cosas que tienen importancia,  
lo demás es pasajero, lo demás es poco,  
muy poco, tan poco!  
¿Cómo comprender, entonces, la infinita numeración de la muerte?  
Cómo ella se pega al pez de cabeza resbalante,  
a lo que se escapó antes de que el pañuelo se abriese.  
El momento en que llega la muerte a la amistad,  
aunque la amistad sigue su incesante caminata,  
pero al llegar a la esquina una frase es de la muerte,  
al discutir una palabra silbó la flecha de la muerte.  
Cada uno de los amigos se queda en su casa con la muerte.  
¿Y el amor? La manera de repasar una garganta  
con los dientes o con la saliva fría que no dice  
y se extiende como la astilla morada de las ruinas.  
Cuando el día comienza con el amanecer de las abejas  
o la noche se extiende para morder el mantel del mediodía,  
es la mitad amistosa, la mitad y la sombra del amor,  
los días suenan incompletos, las nubes sin sabor.  
Pero un día la muerte recobra el absoluto de su oleaje,  
y su ola lenta reina en la extensión de nuestra espalda,  
entonces comprendemos que la amistad estaba muerta y el amor se extinguía.

## V

Pero hay una envoltura superior  
a nuestra decisión y a la palabra,  
amistad y amor se quedan inmóviles  
como el jabalí acorralado  
antes de la primera mordida.  
Las palabras amistad y amor  
se han quedado como dos armadillos,  
se miran debajo de su corteza estelar  
y esperan la envoltura que los recoja  
y los lleve a una graciosa  
pista de patines,  
donde los de la chaqueta de seda blanca  
bailan con los del pantalón de pana negra.  
Pero todo desaparece en el crescendo  
de una cabalgata que es la envoltura estelar,  
tiene de la lluvia que desciende  
y el vapor de la tierra que asciende  
sin ojos conocidos.  
La envoltura que nos ve  
y nos aprisiona.  
Tampoco nosotros la vemos  
y nos lleva en coche cerrado.  
Es el antifaz  
que vuela como una mariposa,  
y donde colocamos nuestros nuevos ojos  
de animal carbunclo.  
La envoltura nos lleva cerca de un árbol  
y el árbol comienza en nosotros sus carcajadas,  
mientras pasa el jabalí puliendo los muslos sagrados  
y el armadillo sonriendo inaugura los nuevos patines.

## VI

Dichoso voy entre nieblas  
que así desatan el árbol,  
que preguntan entre anillos  
el lento sabor del agua.  
Nadando voy por lo oscuro,  
abren valvas los moluscos  
en la noche acariciados,  
sin manos que reconozcan

la ronda del carboncillo sin nombre.  
Las dos puertas del espejo,  
una, tiene la voz tan tapada,  
que huye a la casa en la playa,  
escudo y techo de arena,  
que va destruyendo el rostro.  
La otra puerta sonando, sonando,  
sopla llamas al espejo,  
voltereta de la noche, juglar  
con un pisapapeles inmenso,  
sale en la noche por la corteza  
de los árboles quemados.  
Dichoso toco en lo oscuro,  
cerrazón de la invención de la casa,  
cada capítulo es hoja  
de un árbol que cabecea  
en la nocturna playa,  
donde sólo se oyen cantos  
que ahuyentan  
a los músicos absortos.  
Ataco huyendo,  
retrocedo para clavar  
a la noche sin métrica  
cabellera y sin estrellas  
semejantes a la evaporación de los rostros.  
Dichoso voy en la niebla,  
avanza caballo blanco.  
Voy huyendo y traigo a la noche  
con la cabeza inclinada.

## ODA A JULIÁN DEL CASAL

Déjenlo, verdeante, que se vuelva;  
permitidle que salga de la fiesta  
a la terraza donde están dormidos.  
A los dormidos los cuidará quejoso,  
fijándose cómo se agrupa la mañana helada.  
La errante chispa de su verde errante,  
trazará círculos frente a los dormidos  
de la terraza, la seda de su solapa  
escurre el agua repasada del tritón  
y otro tritón sobre su espalda en polvo.  
Dejadlo que se vuelva, mitad ciruelo  
y mitad piña laqueada por la frente.

Déjenlo que acompañe sin hablar,  
permitidle, blandamente, que se vuelva  
hacia el frutero donde están los osos  
con el plato de nieve, o el reno  
de la escribanía, con su manilla de ámbar  
por la espalda. Su tos alegre  
espolvorea la máscara de combatientes japoneses.  
Dentro de un dragón de hilos de oro,  
camina ligero con los pedidos de la lluvia,  
hasta la Concha de oro del Teatro Tacón,  
donde rígida la corista colocará  
sus flores en el pico del cisne,  
como la mulata de los tres gritos en el vodevil  
y los neoclásicos senos martillados por la pedantería  
de Clesinger. Todo pasó  
cuando ya fue pasado, pero también pasó  
la aurora con su punto de nieve.

Si lo tocan, chirrían sus arenas;  
si lo mueven, el arco iris rompe sus cenizas.  
Inmóvil en la brisa, sujetado  
por el brillo de las arañas verdes.  
Es un vaho que se dobla en las ventanas.  
Trae la carta funeral del ópalo.  
Trae el pañuelo de opopónax  
y agua quejumbrosa a la vista

sin sentarse apenas, con muchos  
*quédese, quédese,*  
que se acercan para llorar en su sonido  
como los sillones de mimbre de las ruinas del ingenio,  
en cuyas ruinas se quedó para siempre el ancla  
de su infantil chaqueta marinera.

Pregunta y no espera la respuesta,  
lo tiran de la manga con trifolias de ceniza.  
Están frías las amadas florecillas.  
Frías están sus manos que no acaban,  
aprieta las manos con sus manos frías.  
Sus manos no están frías, frío es el sudor  
que le detiene en su visita a la corista.  
Le entrega las flores y el maniquí  
se rompe en las baldosas rotas del acantilado.  
Sus manos frías avivan las arañas ebrias,  
que van a deglutir el maniquí playero.  
Cuidado, sus manos pueden avivar  
la araña fría y el maniquí de las coristas.  
Cuidado, él sigue oyendo cómo evapora  
la propia tierra maternal,  
compás para el espacio coralino.  
Su tos alegre sigue ordenando el ritmo  
de nuestra crecida vegetal,  
al extenderse dormido.

Las formas en que utilizaste tus disfraces,  
hubieran logrado influenciar a Baudelaire.  
El espejo que unió a la condesa de Fernandina  
con Napoleón Tercero, no te arrancó  
las mismas flores que le llevaste a la corista,  
pues allí viste el aleph negro en lo alto del surtidor.  
Cronista de la boda de Luna de Copas  
con la Sota de Bastos, tuviste que brindar  
con *champagne gelé* por los sudores fríos  
de tu medianoche de agonizante.  
Los dormidos en la terraza,  
que tú tan sólo los tocabas quejumbrosamente,  
escupían sobre el tazón que tú le llevabas a los cisnes.

No respetaban que tú le habías encristalado la terraza  
y llevado el menguante de la liebre al espejo.



Tus disfraces, como el almirante samurai,  
que tapó la escuadra enemiga con un abanico,  
o el monje que no sabe qué espera en El Escorial,  
hubieran producido otro escalofrío en Baudelaire.  
Son sombríos rasguños, exagramas chinos en tu sangre,  
se igualaban con la influencia que tu vida  
hubiera dejado en Baudelaire,  
como lograste alucinar al Sileno  
con ojos de sapo y diamante frontal.  
Los fantasmas resinosos, los gatos  
que dormían en el bolsillo de tu chaleco estrellado,  
se embriagaban con tus ojos verdes.  
Desde entonces, el mayor gato, el peligroso genuflexo,  
no ha vuelto a ser acariciado.  
Cuando el gato termine la madeja,  
le gustará jugar con tu cerquillo,  
como las estrías de la tortuga  
nos dan la hoja precisa de nuestro fin.  
Tu calidad cariciosa,  
que colocaba un sofá de mimbre en una estampa japonesa,  
el sofá volante, como los paños de fondo  
de los relatos hagiográficos,  
que vino para ayudarte a morir.  
El *mail coach* con trompetas  
acudido para despertar a los dormidos de la terraza,  
rompía tu escaso sueño en la madrugada,  
pues entre la medianoche y el despertar  
hacías tus injertos de azalea con araña fría,  
que engendraban los sollozos de la Venus Anadyonema  
y el brazalete robado por el pico del alción.

Sea maldito, el que se equivoque y te quiera  
ofender, riéndose de tus disfraces  
o de lo que escribiste en *La Caricatura*,  
con tan buena suerte que nadie ha podido  
encontrar lo que escribiste para burlarte  
y poder comprar la máscara japonesa.  
Cómo se deben haber reído los ángeles,  
cuando saludabas estupefacto  
a la marquesa Polavieja, que avanzaba  
hacia ti para palmearte frente al espejo.  
Qué horror, debes haber soltado un lagarto  
sobre la trifolia de una taza de té.

Haces después de muerto  
las mismas iniciales, ahora  
en el mojado escudo de cobre de la noche,  
que comprobaban al tacto  
la trigüeñita de los doce años  
y el padre enloquecido colgado de un árbol.  
Sigues trazando círculos  
en torno a los que se pasean por la terraza,  
la chispa errante de tu errante verde.  
Todos sabemos ya que no era tuyo  
el falso terciopelo de la magia verde,  
los pasos contados sobre alfombras,  
la daga que divide las barajas,  
para unir las de nuevo con tizne de cisnes.  
No era tampoco tuya la separación,  
que la tribu de malvados te atribuye,  
entre espejo y el lago.  
Eres el huevo de cristal,  
donde el amarillo está reemplazado  
por el verde errante de tus ojos verdes.  
Invencionaste un color solemne,  
guardamos ese verde entre dos hojas.  
El verde de la muerte.

Ninguna estrofa de Baudelaire,  
puede igualar el sonido de tu tos alegre.  
Podemos retocar,  
pero en definitiva lo que queda,  
es la forma en que hemos sido retocados.  
¿Por quién?  
Respondan la chispa errante de tus ojos verdes  
y el sonido de tu tos alegre.  
Los frascos de perfume que entreabriste,  
ahora te hacen salir de ellos como un homúnculo,  
ente de imagen creado por la evaporación,  
corteza del árbol donde Adonai  
huyó del jabalí para alcanzar  
la resurrección de las estaciones.  
El frío de tus manos,  
es nuestra franja de la muerte,  
tiene la misma hilacha de la manga  
verde oro del disfraz para morir,  
es el frío de todas nuestras manos.

A pesar del frío de nuestra inicial timidez  
y del sorprendido en nuestro miedo final,  
llevaste nuestra luciérnaga verde al valle de Proserpina.

La misión que te fue encomendada,  
descender a las profundidades con nuestra chispa verde,  
la quisiste cumplir de inmediato y por eso escribiste:  
*ansias de aniquilarme sólo siento.*

Pues todo poeta se apresura sin saberlo  
para cumplir las órdenes indescifrables de Adonai.  
Ahora ya sabemos el esplendor de esa sentencia tuya,  
quisiste llevar el verde de tus ojos verdes  
a la terraza de los dormidos invisibles.  
Por eso aquí y allí, con los excavadores de la identidad,  
entre los reseñadores y los sombreros,  
abres el quitasol de un inmenso Eros.  
Nuestro escandaloso cariño te persigue  
y por eso sonríes entre los muertos.

La muerte de Baudelaire, balbuceando  
incesantemente: Sagrado nombre, Sagrado nombre,  
tiene la misma calidad de tu muerte,  
pues habiendo vivido como un delfín muerto de sueños,  
alcanzaste a morir muerto de risa.  
Tu muerte podía haber influenciado a Baudelaire.  
Aquel que entre nosotros dijo:  
*ansias de aniquilarme sólo siento,*  
fue tapado por la risa como una lava.  
En esas ruinas, cubierto por la muerte,  
ahora reaparece el cigarrillo que entre tus dedos se quemaba,  
la chispa con la que descendiste  
al lento oscuro de la terraza helada.  
Permitid que se vuelva, ya nos mira,  
que compañía la chispa errante de su errante verde,  
mitad ciruelo y mitad piña laqueada por la frente.

## LOS CORDELES

Los cordeles  
que sostienen el plato de cobre,  
oscilan, trepan o sonríen  
las escaramuzas del tanteo  
del salto de las hojas  
en la caída de la noche.  
La noche, trepadora de corceles,  
desciende por los címbalos  
del aire presagioso.  
Los cordeles aún no equilibran  
esos dos platillos de la noche.  
El cordel izquierdo,  
el rubicundo ojo de la mermelada,  
el rasguño abrigado por el vinagre,  
el testículo vidente del caballo,  
abierto como un ojo  
en el hachazo al mediodía.  
Las doce  
—eructo de los palotes fantasmales—,  
en el frío terciopelo del naufragio.

## RETRATO DE DON FRANCISCO DE QUEVEDO

Sin dientes, pero con dientes  
como sierra y a la noche no cierra  
el negro terciopelo que lo entierra  
entre el clavel y el clavón crujiente.

Bailados sueños y las jácaras molientes  
sacan el vozarrón Santiago de la tierra.  
Noctámbulo tizón traza en vuelo ardientes  
elipses en Nápoles donde el agua yerra.

Muérdago en semilla hinchado por la brisa  
risota en el infierno, el tiburón quemado  
escamas suelta, tonsurado yerto.

En el fin de los fines ¿qué es esto?  
Roto maíz entuerto en el faisán barniza  
y en la horca se salva encaramado.

## HAI KAI EN GERUNDIO

El toro de Guisando  
no pregunta cómo ni cuándo,  
va creciendo y temblando.

¿Cómo?  
Acariciando el lomo  
del escarabajo de plomo,  
oro en el reflejo de oro contra el domo.

¿Cuándo?  
En el muro raspando,  
no sé si voy estando  
o estoy ya entre los aludidos  
de Menandro.  
¿Cómo? ¿Cuándo?  
Estoy entre los toros de Guisando,  
estoy también entre los que preguntan  
cómo y cuándo.  
Creciendo y raspando,  
temblando.

## MI HERMANA ELOÍSA

El pestañeo oscuro del comienzo conversable,  
la mesa con el jeroglífico celeste,  
el lenguaje anunciando la caída como el arco iris,  
cada palabra una lengua voladora.  
Piedrecillas con fuego desprendidas,  
torneadas como el cuerpo del toro.  
El sacerdote de Mitra rajando el zodiaco,  
el veinte de abril naciendo nuestro planeta.  
Lavas en espiral, descifrables  
líneas en el hígado, entrañas humeantes,  
y también las palabras, tersas mandatarias,  
apoyando el hálito en el *humus*,  
como el torbellino en el caos,  
y el mejillón japonés en el *guaicán* verdinegro.  
Cada palabra un *apeiron* de arcilla,  
sostenida por la respiración nocturna.  
Parménides ciego tejiendo la alfombra de Bagdad.  
Comienzo porque sé que alguien me oye,  
la que oyó mi nacimiento.  
Mi madre, estoy muy ahogado,  
voy a quemar los polvos,  
despiértame cuando llegue Eloísa con su hijo.

## DEJOS DE LICARIO

### 1

Ecuestre lección domina el plañido  
vacilante, pero también el pitazo del búho.  
Sobre la mesa el aspa afeitada del otoño.  
Caminadoras cortinas, el goteante verde.  
Priapo como murciélago.  
La sogá podrida de la coreografía,  
resbalando en despreciables fragmentos alícuotas.  
En la claraboya pregunta la salvaje granizada,  
pero allí está el calcetín del tío Santiago.  
Hurra, hasta mañana estamos salvos,  
pero la caldera sigue bullendo.  
Suspirar y dominar,  
ay, sin las cosquillas del delfín mediterráneo  
ni los pectorales cruzados del manatí con su crío.  
No jugar con el agua ardiendo  
ni con la otra mitad sin derramar.  
Superar, ¿no estamos dentro del arpón?  
Dominar ¿cortando el rabo?  
Nademos sin respirar  
e interpretemos al cangrejo  
que da la muela por la mano,  
mientras Seurat pinta el cancán.

### 2

A veces reaparezco,  
floto en un charquito con un fósforo doblado,  
que entresaca una franja morada  
en el coleóptero que se hincha y no recuerda.  
Caigo en un hollín de chimenea  
y tizado recuerdo al doble cuatro,  
recuerdo un matorral,  
donde me lastimé el calcañar añoso.  
Sin pedirme consejo en una esquina,  
soy el aire soplado,  
en un cornetín de Navidad.  
Me puse en la fila de las langostas,



pero ahora estoy en el tinajón tapado por la noche.  
Caramba, rodé desde el tejado  
y enseñé el hociquillo con yerbajos  
en la pequeña ola que me envuelve.

3

Tómbola de relámpagos y entrepuertas  
ascendiendo a medias pez paletó,  
astillas areneras de plata negra  
y hacia abajo el agua claveteada  
por el peine y las arañas.  
Y ascendiendo como un sombrero fangoso,  
lleno de tachuelas, recuerdos  
del rostro cortado por el ímpetu  
del manantial en el amanecer,  
y así sabemos que los pinos y las arañas,  
las arañas y los peines,  
están engarrotados, secos,  
por lo lineal que nos rodea  
y que se rompe en nuestros labios  
sin hablar.

4

Doblada en su buñuelo,  
la ola falta en la fila desdeñada,  
lejos de parecer un cordero,  
se echó un cordero sobre sus espaldas  
y se fue errante al fabulario.  
Se retiró saltando a su albedrío,  
un pie de mármol la devolvía  
a sus confines, el confín  
se aclaraba en un pie de mármol.  
La doncella siracusana lleva los granos  
de orégano al calamar de Mitilene,  
y crece la ola reiterada.  
Se rompieron las sucesiones,  
el alción numerador del oleaje,  
los techos y jorobas plañideros.  
Burlada Ariadna del oleaje.  
No viene a su retiro  
la ola reiterada que delira.

No borre, compadre,  
 la caldera de la entraña terrenal,  
 dibujo contemporáneo del fango humeante.  
 El dédalo aún no discrepa del fuego  
 y los animales están absortos,  
 contemplativamente electrizados, escarbando.  
 Llegó la noche y se separan,  
 cada uno a su gruta, el fuego despierta  
 aislándose de la luz de los comienzos.  
 Los animales tiemblan, dan un paso, retroceden,  
 mascan la madera que luego va a arder.  
 La hoguera comienza por la madera mordida,  
 por el temblor desprendido por la piel del cachorro,  
 semejante a la camisa venteante  
 frente al espejo y la primera nalgada.  
 El tragante reabsorbió la hoguera,  
 y los animales cumplieron en el sueño,  
 asemejan campanadas.

Ya todo es tarjetero de sandía,  
 graznado bulto en el despeño,  
 imprescindible grave el cazamoscas.  
 Un inmenso pie sobre los ríos  
 conduciendo pisapapeles codiciosos.  
 De pronto el trono real de la toronja,  
 móvil columna las abejas.  
 Revive el espumoso tarjetero,  
 enmieladas hormigas enfiladas.  
 Un rostro sobre un rostro, esqueleto  
 y pergamino, infinitud: cascada bostezante.  
 La última gaveta de los manifiestos,  
 guardaba la cabeza de un chivo sanguinosa  
 y un fragmento de dórica columna.  
 Ahora la gaveta en cascada tarjetero,  
 guarda el jabón resbalante de la luna  
 y la poliandria en ceniza de alfileres.  
 En su fase saturniana,  
 el pepino en herrumbrosa ratonera

ni siquiera es una naturaleza muerta  
del seráfico Sánchez Cotán.  
Un rostro sobre un rostro, ardiendo el toronjal.

7

Pasar el papel por el rodillo  
de la máquina de escribir es un placer  
semejante a darle una soplada  
al ángel cervecero de Rubens.  
El papel surge cisne y perdiz,  
sucesivo o en migajas coloreadas.  
Un cuello de caballo surgiendo  
a cada vuelta del círculo de hollín.  
En la distancia millares de letras  
removidas atragantan el colador  
de la cal. El rodillo enseña el pecho  
a cada vuelta del manubrio napolitano.  
El papel carbón sobre el rodillo  
profundiza el estero sudando uvas caletas;  
el infantilismo del círculo saltante,  
enturbió el avuspero en su búsqueda de la nuca.  
Ojizarca la mina con los tiburones,  
y el rodillo piando letras  
sobre un barril de cal.

8

La palma de la mano sobre el río.  
La palma paso a paso, hacia mí, leyéndome.  
Narciso mascado por la niebla ascendente,  
vuelven los dioses descensores, Orfeo  
y Stephanophorophoro.  
El índice demuestra, señala la inflexible  
llanura de la nieve, demuestra.  
El índice demuestra la carreta sobre un hilo,  
la diagonal con cuerpo de cocodrilo  
y cabeza de gavilán,  
el anillo de oro en el tumor de la luna.  
La mano se extiende sobre la llanura  
de nieve, la palma de la mano  
acompaña la boga del río.  
La carreta conduce un canoso

reloj de pared. Ícaro con dos guadañas.  
 Saturno se come las alas de cera.  
 Se extiende, demuestra, se deja leer.  
 Ícaro, ya caído, nadando,  
 habla con el Resucitado sentado en el légamo.  
 El vencido por el sol regresa con las estaciones  
 y el que triunfa de la muerte se vuelve a morir.  
 Es un bodegón de cebolla, manzana y amapolas.  
 El aire está exprimido en el puño  
 que se cierra, el arador por la palma de la mano  
 deja el reminiscente batido y batihojas,  
 el deseo paliducho, la serpiente, el doble  
 del comienzo, el truchimán vindicativo,  
 círculo que golpea en las narices.  
 La capota caída se mide por su sombra.  
 Ícaro vencido y el Resucitado vencedor,  
 el Resucitado esperando la muerte  
 y el Ícaro eterno relator.  
 En su sangre el laberinto y el torete  
 oscuro luchando con el tigre dormido.  
 ¿Quién de bruces acompasado en la ebriedad del relojero?  
 Arrugado, puro detesto, cara de rompeolas.  
 El Príncipe de Praga, relojero sin deseos,  
 ahogado en el reloj de agua,  
 ola por ola, ola sin sucesión,  
 ola para ojos.  
 El tiempo caminando detrás de las pestañas  
 como elefante; casquetes, medialunas,  
 ensortijados monos lloricones,  
 verde portezuela y amarillo prestidigitador,  
 abrían el bostezo en la cantina escandinava,  
 un penique por cada bostezo  
 y va de contra el bigotillo  
 para el perroquete circulante,  
 pero el tiempo no es como el aguacero  
 que tapa las grietas  
 y baldea el puente parabólico de la guitarra.  
 Tenemos que medir el tiempo por el vaivén  
 de los ojos y cerrar los ojos  
 y el murmullo que nos va devorando  
 cuando nos sumergimos en la madre de carbón.  
 Sumergidos toda inocencia puede llegar a ser culpa,  
 tan pronto surge la polifemaida del otro,

los martillazos desconchados  
en el cálculo de la resistencia sombreada.  
Los entorchados del fusilamiento, el pez egipcio  
saltando al sol, pueden hacer el pecado inocente.  
El tictac raspado es pecador en Isis  
y después es inocente en Osiris.  
El jinete escita peca sin testes y la franja  
celeste rompe el cántaro de las bodas.  
Así seguimos colocando ladrillos en el muro  
y sobre los muros cascos de botella,  
así nos cosimos la oreja en el cancán.

## LA PRUEBA DE JADE

Cuando llegué a la subdividida casa,  
donde lo mismo podía encontrar el falso  
reloj de Postdam los días de recibo  
del ajedrecista Kempelen, o el perico  
de porcelana de Sajonia, favorito de María Antonieta.  
Estaba allí también, en su caja de peluche  
negro y de algodón envuelto en tafetán blanco,  
la pequeña diosa de jade, con un gran ramo  
que pasaba de una mano a la otra más fría.  
La ascendí hasta la luz, era el antiguo  
rayo de la luna cristalizado, el gracioso bastón  
con el que los emperadores chinos juraban el trono,  
y dividían el bastón en dos partes y la sucesión  
milenaria seguía subdividiendo y siempre quedaba el jade  
para jurar, para dividir en dos partes,  
para el ying y para el yang.  
Pero el probador, paseante de los metales y las jarras,  
me dijo con su cara rápida de conejo color caramelo:  
apóyela en la mejilla, el jade siempre frío.  
Sentí que el jade era el interruptor,  
el interpuesto entre el pascaliano *entredoux*,  
el que suspende la afluencia claroscuro,  
la espada para la luminosidad espejeante,  
la sílaba detenida entre el río que impulsa  
y el espejo que detiene.  
Da prueba de su validez por el frío,  
el señuelo para el conejo húmedo.  
Todas las joyas en la lámina del escudo:  
en la mañana el conejo oscilando  
sus bigotes sobre la mazorca de maíz.  
Qué comienzos, qué oros, qué trifolias,  
el conejo, la reina del jade, el frío que interrumpe.  
Pero el jade es también un carbunclo entre el río y el espejo,  
una prisión del agua donde despereza  
el pájaro hoguera, deshaciendo el fuego en gotas.  
Las gotas como peras, inmensas máscaras  
a las que el fuego les dictó las escamas de su soberanía.  
Las máscaras hechas realezas por las entrañas  
que les enseñaron como el caracol

extraer el color de la tierra.  
Y la frialdad del jade sobre las mejillas,  
para proclamar su realeza, su peso verdadero,  
su huella congelada entre el río y el espejo.  
Probar su realidad por el frío,  
la gracia de su ventana por la ausencia,  
y la reina verdadera, la prueba del jade,  
por la fuga de la escarcha  
en un breve trineo que traza letras  
sobre el nido de las mejillas.  
Cerramos los ojos, la nieve vuela.

## MINERVA DEFINE EL MAR

Proserpina extrae la flor  
de la raíz moviente del infierno,  
y el soterrado cangrejo asciende  
a la cantidad mirada del pistilo.  
Minerva ciñe y distribuye  
y el mar bruñe y desordena.

Y el cangrejo que trae una corona.

La batidora espuma, la anémona  
desentrañando su reloj nocturno,  
la aleta pectoral del Ida nadador.  
Su pecho, delfín sobredorado,  
cuchillo de la aurora.  
Ciegos los peces de la gruta,  
enmarañan, saltan, enmascaran,  
precipitan las ordenanzas áureas  
de la diosa, paloma manadora..  
Entre columnas rodadas por las algosas  
sierpes, los escondrijos de las arengas  
entreabren los labios bifurcados  
en la flor remando sus contornos  
y el espejo cerrando el dominó  
grabado en la puerta cavernosa.  
Su relámpago es el árbol  
en la noche y su mirada  
es la araña azul que diseña  
estalactitas en su ocaso.  
Acampan en el Eros cognocente,  
el mar prolonga los corderos  
de las ruinas dobladas al salobre.  
Y al redoble de los dentados peces,  
el cangrejo que trae una corona.  
Caduceo de sierpes y ramajes,  
el mar frente al espejo,  
su silencioso combate de reflejos  
desdeña todo ultraje  
del nadador lanzado a la marina  
para moler harina fina.



Lanzando el rostro en aguas del espejo  
interroga los cimbreantes  
trinos del colibrí y el ballenato.  
El dedo y el dado  
apuntalan el azar,  
la eternidad en su gotear  
y el falso temblor del múrice disecado.  
El mascarón de la Minerva  
y el graznar  
de las ruinas en su corintio  
deletrear,  
burlan la sal quemando las entrañas del mar.  
El bailarín se extiende con la flor  
fría en la boca del pez,  
se extiende entre las rocas  
y no llega al mar.  
Roto el mascarón de la minerva,  
otrra la cariciosa llanura de la frente  
y el casco cubriendo los huevos de la tortuga.  
Subía sobre la hoguera de la danza,  
extendido el bailarín, sumado con la flor,  
no pudo tocar el mar,  
cortado el fuego por la mano del espejo.  
Sin invocarte, máscara golpeada de Minerva,  
sigue distribuyendo corderos de la espuma.  
Escalera entre la flor y el espejo,  
la araña abriendo el árbol en la noche,  
no pudo llegar al mar.

Y el cangrejo que trae una corona.

## ENTRE DOS PUERTAS

Entre dos puertas,  
con su humillo, la palabra *entelerido*.  
Las mantas sobre los huesos  
y la avanzada en los dominios  
del frío, del frío que borra la cara  
de las espuelas.  
El desfile en sus voces coloreantes,  
de la lámpara al pajar,  
en las hinchadas mejillas del granadero,  
dormido guardián.  
El miedo entre dos árboles,  
saltando las estacas del parral,  
vistiéndose en un sillón tan anchuroso  
como la palangana con los libros.  
El frío se aclara en el miedo.  
Frío entre los perros,  
flujo en la crecida de la medianoche,  
allí donde lloró el antílope.  
Después de frío y de miedo,  
viene fatalmente: sobrecogido.  
Enteco entre dos árboles.  
Lloroso, borrado, impalpable.  
Vestido de pimienta bailón,  
en su sueño el lagarto  
comienza a humear.

## DÉCIMAS DE LA AMISTAD

(Para Armando Álvarez Bravo)

Un libro como patena  
o un gato como nieve  
la delicia que se atreve  
cerca de la Nochebuena.  
Cuando la fiesta está plena  
toda la casa se avisa  
la sílaba con la sonrisa,  
se cuela en cada estación,  
el pincel y el melón,  
la baraja, profetiza.

(Para Mariano)

Un gallo color ladrillo,  
en su centro y su compás,  
pitagórico tomillo  
dijo: yo no espero más.  
Una cinta enredarás  
y otra en el aire acuesta,  
esa es la mejor digesta,  
casi al borde de la mar,  
y como el diamante remar  
lo que no tiene respuesta.

(Para Jorge Camacho)

Calaverón metálico  
salta el alfiler punzó,  
la hogaza que no ladró  
y el pistón silábico  
que dijo sí y dijo no.  
Cada pluma, buena pesca,  
y se ausentó en la grotesca  
rondalla en Argos cenital.  
La muerte es el pavo real  
y el fantasma vio la yesca.

1

(Para Pablo Armando Fernández)

Viene la noche y lo irisa  
un movimiento y un gato,  
ya Tic Tac y Cada Rato  
meneándose en la brisa.  
En la escoba el desacato  
en el sábado va entrando,  
furor del cómo y el cuándo.  
La lengüilla del lagarto  
en los domingos de parto,  
meriendas de Pablo Armando.

2

La llanura y la candela,  
el jinetuelo y guitarra,  
van prolongando su tela.  
La Nochebuena desgarrar,  
no hay Nochebuena de seda,  
ni abuela semimecida.  
Lo reconozco, su herida,  
como en el ciervo el acecho,  
busca en el agua de helecho  
la sucesión sumergida.

## AGUA DEL ESPEJO

Se salta de la imagen al acero,  
así Hesíodo dicta en ciego,  
no ciego como Homero, cegato  
porque va reconociendo al dar la mano,  
sin conocer lo que interrumpe en seco.  
La imagen con la serpiente corrediza,  
trae la muerte con la tortuga  
al fondo. Se va acercando con lentitud  
acuosa, absorbe lenta como el carbón  
y lentamente disimula lo devuelto:  
los ojos en el rabo que comienza a descaecer.  
Pero el acero, el primer espejo natural,  
tan artificial como el espejo ecuestre,  
se come los ojos del que ve,  
de la otredad que silba,  
los ojos no pueden ser semilla porque son  
la semilla entre paréntesis.  
Del otro que viene, como las moscas, a caer  
al espejo, la mano agarra el torbellino.  
En una página de Hesíodo aparece el acero,  
y al reverso, ya lo vemos fraguando  
la amputación de los testes.  
Tanto el acero como el espejo  
van a su yerta paradoja de remedar lo estelar.  
Acercar la tapa azul con pichones de nubes  
y abajo el caldo del vaivén horizontal,  
incopiable porque el espejo es un árbol  
y el acero degüella el último ejemplar de los sirénidos.  
Sin saberlo el espejo nos da el *amplexus*,  
el abrazo de las dos esferas con centro  
intercostal intercambiable,  
es decir, la imagen abrazo tiene la inversa raíz en lo estelar  
y el *quies*, reposo estelar, busca hundirse  
en el amasijo umbilical.  
El espejo nos da el abrazo sin testigos,  
las dos manos cruzadas sobre el pecho,  
las dos mamas como diamantes de serpiente  
unidas por el tercer pie de Tiresias.  
A caballo penetramos el espejo

y el acero nos devuelve con cosquillas.  
Del espejo saltamos, miramos, nada reconocemos  
y el acero agranda la avutarda en carcajada.  
Para perderse el espejo, el acero para reconocerse:  
El azogue y el metal traen el homúnculo.  
Así son tres las invenciones de lo perdido  
y su reconocimiento, los malditos enanos  
soplados en el ombligo:  
El espejo, el acero y Euforión  
saltando por el fuego,  
como la salamandra de amianto iridiscente.



## VUELTAS EN LA PARRILLA

La vi llegar como a los peces.  
Se acercaba a una pared transparente,  
su hociquillo como un ramo de perejil  
lamía la curiosidad que se acercaba,  
sombrillas, cartuchos de arena, avispas.  
Rodaba como arañando una mesa,  
el silencioso arañazo de los muebles,  
al rodar en espera de la visita.  
Un grupo familiar que se ríe  
en una cartulina doblada, saltando  
en una cascada, qué carcajadas.  
La anchura del cristal no impedía  
la lentitud de la conversación, pero los gestos  
eran indescifrables y los muebles resbalaban  
de la saleta al patio vacío.  
Allí crecía lo que hablaban, interjección  
la yesca debajo del farol. Se tocaban  
el hombro y el farol ahumado  
como una zarigüeya saltaba en el menguante.  
La mica de Micaela, apoyándose.

El rocío  
descubre la hierba con luna  
y sobre la sangre  
desciende laminando.  
La abierta  
llamarada de la iguana  
reoja en el crepúsculo  
y ríe el movedizo tendedero.  
La gota centra el remolino,  
coagula en la punta de la lengua  
el trasudar sanguíneo  
y el aire preguntante.  
En la osteína también el grano  
tiene que morir.  
La cinta  
del aire todo lo machuca,  
todo lo convierte en hueso.  
Asciende en panal y frutas,

en innumerables fiestas subterráneas.

La luz también es secreto,

anda sumergida,

devuelta por el apisonado yerbazal.

Cuando la luz

transparenta la fruta,

se reproduce sobre sus ojos

y el polvo de nuevo danza

sobre el río.

Entonces, como un insecto que se posa,

que ha descubierto la coagulación,

de la sangre y de la fruta,

cogemos el sabor con las dos manos

inmóviles.

Cuando ardemos restituimos.

Asciende el fuego entrecortado,

las manos creciendo en los reflejos,

la ciudad chillando en las terrazas

y los pinos serviciales al avance

del fuego picoteando en las arenas.

Resta un pino y clava la sudorosa

estalactita, filigrana en sus mugios

nocturnos, árboles subterráneos.

La ciudad como basura en la campana

hierve los pedregales de la frenética

siesta y el hule de traviesos corredores.

Indistinto el olor de la cebolla

tiene la podredumbre en la mañana,

la otra ceniza del despertar.

La ciudad se extingue junto al río,

y la luna cae en la rodada maleza,

trae los hongos y comienza.

Dice el picotear de las verjas

cabeceantes y dice la manteleta

del honguillo inaugurando nuevas galerías.

El fuego restituye el tigre a su mirada.

Preparemos, el fuego trae.

El tigre trepando por las piedras,

ascendiendo, innumerables escenas fálicas,

lianas, cabezas entrelazadas,

y el niño absorto, pero pegando en las ancas.  
Tiaras y belfos caídos,  
pamelones y sorbetes napolitanos,  
jabalíes con las patas quemadas,  
van trepando las estalactitas con ojos  
y escamas ladeadas como sirenas,  
peces apoyados en lanzas trepando.  
Una sogá vertical como serpiente en punta,  
el guerrillero o el flautista cruza  
las patas del ejército de colmilludos.  
Alalá, alalá, las vidrieras son cenizas  
o aumenta el sortijón de las volutas.

Preparemos, el fuego trae.  
El punto, dos aspas cruzadas,  
el hilo de un punto y el punto de un hilo,  
y la incandescencia entre los dos extremos.  
La muerte como fuerza de arribada.  
La frente, trompa de malaquita, irisaciones,  
escamillas de plata sudadas por el albogón  
en la casa dibujada sobre el espaldar  
con flautines y añicos.  
Y las resonancias invisibles, semimecidas,  
con el amanecer llorando y lloviznado,  
sacudión de las lentejuelas.  
Polvo, polvo sacudido y emebestido, enjaulado,  
polvo con focos y sardanas.  
Los desfiles grotescos y desvalidos,  
banderolas con monedas cosidas y raídas,  
el vulgar chapuzón en las peceras,  
dejando atrás por la matraca dominical  
que inflama al pez, resbala  
en el relámpago. Todopoderosas anclas  
despreciables, sin atravesar la nuca,  
que restituye lo que raspa inalcanzable,  
mar por playa, por piscina, por pecera.  
La muerte como fuerza de arribada.  
Nadantes de incunnábula,  
piscina que la la sobrenaturaleza,  
oecera del tiburón cantante.  
La espiral del tiburón, primer *réquiem*.

Se descubría el rumor, se afincaba el gallo,

en su pico crecía la gota de agua.  
Se descubrían coordenadas de silencio,  
mareas del vacío que penetran.  
Unos listones, unas paredes.  
El cuerto vacío crecía como un velamen,  
crecía como el silencio.  
Crecía como un pico de azor, como un pelícano.  
En el techo orinando la totuga,  
abría puertas a una cerrada galería ahumada.  
Puerta sobre puertas,  
y al fondo, con la frialdad de la plomada,  
piernas cruzadas y sonrisas.  
Ascendía la soledad del cuarto vacío.  
De pronto, la mano del picaporte  
palpó la mañana.

El timbre de la gaveta daba un teléfono,  
el flotar y el sumergimiento  
creciendo en el agua de la luna.  
Los dos paredones avanzan, se saludan y retroceden,  
espárrago con la melena de Disraeli.  
La gaveta habla como el pez buzón,  
llegaba al sol mayor y me daba un teléfono.  
En San Juan, el de la ballestilla de Don Diego,  
en el ojo de la mañana,  
el esbleto, ciego como Demetrio,  
salta del trampolín,  
pero la matria acusosa había huido,  
y la muerte y la piedra aullando al teléfono.  
Entonces fue cuando encontré  
un niño de piedra en la gaveta,  
la oscuridad de la placenta lo seguía filtrando  
y se movía con el oído sobre la marea,  
acompañado como las estrellas de mar.

La pelotilla, relacionable minuciosa,  
entre el arador y las nubes,  
se escurre como el agua pequeña  
en exceso de tierra informante.  
La luceta en la cornucopia  
de flores y luces triangulares,  
parto del cangrejo estelar,  
ostenta el sobresalto de la pelota

en el carbucnclo de su cuenca.  
Relaciona el ojo abierto en la luceta.  
La luz y su diversificado roto  
caen en la gaveta  
que dice un número de teléfono,  
y el niño de piedra gira  
otro costado y se dora.

La fundamentación del fuego es la anchura,  
la esparcida sal suelta en colores,  
en un punto toca lo estelar.  
Todo va hacia el turbión,  
los fragmentos no podrán alzarse  
con el botín ni con el instante  
del pestañeo al bañarse en el agua solar.  
En el remolino el ojo empieza  
en el vértice que raspa terrenal  
y después el ojo se aposenta  
en la anchura estelar y salta.  
El fuego y el remolino son iguales,  
pero nos llegan con máscaras diferentes,  
como la carreta de bueyes y el relámpago.  
Preparemos, el fuego trae:  
la hipócrita calipígica de alas negras,  
la mica de Micaela, apoyándose;  
equivalencias del escarabajo pelotero,  
tonto Toto, Toto total.